

cendida: dándonos á entender, que nos es indispensable disponernos, para cuando Dios nos llame, con el egercicio de las virtudes. La lámpara es la fe; pero ésta sola no sirve si está muerta: debe estar con aceite; es decir, con el acompañamiento de las buenas obras; y es tambien necesario que con este aceite arda; significándote esta llama el ardor de la caridad. Esto les faltó á las vírgenes necias, dijo S. Juan Crisóstomo, y por eso sus lámparas se apagaron.

De donde inferirás, que el ser cristiano, y por consiguiente fiel, poco te aprovecha, si tu fe no está viva por la caridad. Esta virtud es la que te hará practicar las demás obras buenas, y la que conservará la luz de tu lámpara. ¡Dichosos, dice el sagrado libro del Eclesiástico, los que estuvieren en vela, cuando venga el Señor!

MEDITACION LXXVII.

JESUCRISTO SANA A UN PARALÍTICO.

PUNTO 1.

Considera que un miserable paralítico, llevado por cuatro hombres sobre una camilla, deseaba vivamente ver á Jesucristo que se hallaba en una casa de Cafarnaun; y no pudiendo conseguirlo por el inmenso concurso de gentes que se lo estorbaban, tomaron el arbitrio de subirlo al techo, y descolgarlo desde allí con cordeles, hasta ponerlo á la vista del Salvador.

Ponderar, el decidido empeño y las esquisitas diligencias de que se valió ese infeliz enfermo para lograr su intento; pero ponderar igualmente, que no fueron vanos sus esfuerzos, pues compadeciéndose Jesucristo de su lastimoso estado, y deseando recompensar su grande confianza: hijo mio, le dice, tus pecados te son perdonados: queriendo sanarle primero el alma, para manifestar así á los asistentes que era verdadero Dios, y curarle despues el cuerpo.

De aquí inferirás, que lo que mucho vale, mucho cuesta; y todo se debe dar por bien empleado, cuando es muy importante lo que se pretende. Y cuando ves las diligencias que se practican por la salud temporal del cuerpo, ¿cuánto deberá practicarse por la eterna del alma?

PUNTO 2.

Considera, que muchos fariseos y doctores de la ley que presenciaron el suceso, murmuraban interiormente de Jesucristo; porque perdonando las culpas al paralítico, se arrogaba y egercia una autoridad propia solamente de Dios.

Ponderar, que conociendo el Salvador sus pensamientos, y tomándoles la palabra, les dice: Es verdad que solo Dios es el que puede perdonar los pecados, como Dios solo es el que puede hacer una curacion milagrosa; pues uno y otro pide un poder y virtud divina; y así, para que conozcais que puedo perdonar pecados, y sepais quien soy, levántate, dice al paralítico, toma tu camilla y vete. La enfermedad repentina-

mente desaparece á la voz del Salvador, el enfermo se levanta al instante, y marchando sin auxilio ageno, sale de aquel concurso, al que deja asombrado á vista de tal portento.

Saca de aquí, el reconocer en ese paralítico el estado en que nos pone la culpa: pero reconociendo tambien la eficacia del poder de Jesucristo, haz todo el esfuerzo que hizo ese enfermo para sanar; pide tu curacion con verdaderas lágrimas; alienta tu confianza; y, no dudes, lograrás el remedio de tus males.

MEDITACION LXXVIII.

JESUCRISTO CURA A UN CIEGO.

PUNTO 1.

Considera, que al pasar Jesucristo de Jericó á Jerusalén, un ciego que estaba sentado en aquel camino, le clamó diciéndole: Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí; y mientras mas le intimaban que ca-

llase, mas levantaba la voz repitiendo: Señor, hijo de David, duélete de mí.

Ponderar, que muy bien habia oído Jesucristo nuestro Señor la peticion del ciego; pero lo disimuló y permitió que la turba le pidiera silencio, para obligarlo así á rogar y clamar con mas fervor, agradándose mucho de oír sus súplicas y sus humildes y repetidos ruegos. Se porta como un padre amante, que aparenta hacerse desentendido de lo que se le pide, no por falta de amor, sino, por el contrario, por la complacencia que siente en oír las instancias de sus queridos hijos.

Infiere de esto, que para que nuestra oracion sea eficaz, debe, sobre fervorosa y humilde, ser muy constante. Si el ciego se hubiera contentado con la súplica primera, Jesucristo quizá se habria pasado de largo; pero repitió su clamor, y esto llamó la atencion de Jesucristo, lo detuvo, y lo obligó á que prestara un oído atento y compasivo, á su necesidad y miseria.

PUNTO 2.

Considera, que deteniéndose el Salvador, y mandando que le presentaran al ciego, los de la comitiva se llegaron á él, y le dijeron: ten buen ánimo y levántate, porque el Señor te llama.

Ponderar lo primero, la alegría y prontitud con que aquel infeliz se pone en pie, abandona su pobre vestido, y, saltando de gozo, sin la menor dilacion se le presenta. No tiene duda, siempre que obedecemos el llamamiento divino, nos presta alas la obediencia.

Ponderar lo segundo, que Jesucristo, teniéndolo ya delante, ¿qué es lo que pides? le pregunta: y respondiéndole él que la vista; se conmovieron aquellas entrañas de misericordia, y estendiendo su mano poderosa, le toca los ojos, lo sana, y con aquel beneficio tan grande le obliga á rendirse agradecido, á publicar sus alabanzas, y á seguirlo, lleno de júbilo, como á su bienhechor.

Sacarás de aquí, el imitar la conducta de ese hombre venturoso. ¿Estás ciego?

clama como él, y pide con empeño al Señor que se duela de tí; y abra los ojos de tu entendimiento. ¿Te alumbrá y cura tus cataratas? Pues con este favor te pide, dice S. Juan Crisóstomo, que publicando sus misericordias, le sigas reconocido.

MEDITACION LXXIX.

CONVERSION DE LA SAMARITANA.

PUNTO 1.

Considera é imagínate á Jesucristo sentado, con admirable paciencia, á la orilla de un pozo en la mitad del dia, esperando á una gran pecadora Samaritana, con el fin de entrar en conversacion con ella, para ganarla su corazon y convertirla.

Pondera, como llegando á sacar agua de ese pozo la muger, Jesucristo la dirige la palabra, la trata con la mayor amabilidad y dulzura, y descubriéndola, como un verdadero Profeta, todos los secretos de su corazon, y los estravíos de su vida, la ha-

ce conocer con este medio, que quien la habla es el Mesías, que podia sacarla de su infeliz estado, y darla una agua la mas saludable y poderosa, que apagara para siempre su sed, de modo que ya no volviera á desear la agua de la tierra.

Inferirás de esto, las diligencias de que se vale tu Salvador, para conquistar una alma. ¡O, cuántas veces se ha sentado á las puertas de tu corazon, y te ha ofrecido esa agua divina, que es la gracia del Espíritu Santo! Confésalo como tu verdadero Mesías, que quita los pecados del mundo; y no dejes pasar el tiempo de los tocamientos y avisos, con que manifestándote tus desórdenes, como á la Samaritana, te insta y te convida al arrepentimiento.

PUNTO 2.

Considera, que es tanto el contento y satisfaccion que tiene Jesucristo, cuando trabaja por el bien de los pecadores, que mientras la muger se volvia á Sicár, y contaba cuanto le habia acontecido, los apóstoles se le acercan, y, ofreciéndole de co-

mer, les responde: que tenia mejor alimento, que era cumplir el encargo de su Padre en la salvacion de los hombres.

Ponderar, que inquietos y admirados los de Samaria por la relacion de la muger, salen presurosos de la ciudad, deseando conocer al nuevo Profeta, que con tanta puntualidad descubria lo mas oculto del corazon. Efectivamente, lo ven, lo tratan, y encantados de su afabilidad, de su modestia, y de aquellos rasgos divinos que se dejaban entrever en todas las acciones del Salvador, se convencen por su propia experiencia de que era el Mesías esperado por las naciones, y con mucha instancia y amor lo llevan á la ciudad, y lo hacen permanecer allí algunos dias.

Saca de aquí, el no hacer menos que los samaritanos, que fueron tan dóciles á la voz de la muger. Jesucristo te ha hablado mas veces que á ellos, y mas veces que ellos has escuchado su palabra, y reconocido su divinidad: abrele, pues, como ellos las puertas de tu alma, y hazlo permanecer en ella hasta el momento último de

tu vida, para continuar despues gozando de su trato y dulzura, por toda la eternidad.

MEDITACION LXXX.

LAVATORIO.

PUNTO I.

Considera, que concluida la cena del Cordero Pascual, el Salvador deja la mesa, se acomoda una toalla á la cintura, toma un lebrillo con agua, y puesto á los pies de sus apóstoles, con una humildad sin egemplo se los lava y se los enjuga.

Ponderar, que el que ves postrado ante esos hombres groseros y pobres pescadores, es el Hijo del Altísimo, Señor terrible de los egércitos, fuerte Leon de Judá, cuyo rugido hace titubear los cimientos del orbe; Dios omnipotente, que con solo tocar los montes los enciende: por último, es el Criador de todos los seres, en todo perfecto, en todo infinito, y en todo tan grande, que ante su

augusta y tremenda Magestad, los mas elevados serafines cubren su rostro, como respetando el brillo y esplendor de su gloria.

Infiere de aquí, cuan injustamente piensas ensoberbecerte, á vista de una humillacion tan heroica. Si Jesucristo siendo Dios así se porta con el hombre, ¿qué deberá hacer el hombre, siendo polvo y nada, ante su Dios?

PUNTO 2.

Considera, la admiracion y asombro que causó y debió causar en los apóstoles esta accion de tanto abatimiento, que con ellos iba á egecutar su divino Maestro. ¡O Señor, no consentiré tal, le dijo S. Pedro; pues tú eres un verdadero Dios; y yo soy un pobre pecador y vil gusanillo de la tierra! Mas, al fin, intimándosele el Salvador, prestó su consentimiento.

Ponderar, que concluido este acto tan tierno, Jesucristo volvió á tomar su asiento, como quien tenía que decirles, y desempeñar con ellos el cargo de Maestro. Les llama, pues, su atención, y les dice: ¡ha-

beis considerado, y habéis reflexionado bien lo que he practicado con vosotros? Preguntata con que los preparó, para que recibiesen é imprimiesen en su espíritu la altísima doctrina que en las últimas horas de su vida iba á dejarles; y es la estrechísima obligacion que todos tenemos de amarnos y servirnos mutuamente, como hijos de un mismo padre, y prestarnos sin distincion de clases y gerarquías, los oficios que pile la caridad: pues nadie mas alto que Jesucristo; y nadie mas amante y caritativo.

Saca de aquí, el tener firmemente grabdos en tu corazon, pues así lo desea Jesucristo, tanto ese acto de humildad tan heroica que practica con sus apóstoles; como as tiernas y sábias lecciones que como n testamento nos deja. Circunstancia notable, pues siempre se conserva mas viva, se cumple con mas puntualidad por los los, la voluntad última de sus padres.

MEDITACION LXXXI.

ORACION DEL HUERTO.

PUNTO 1.

Considera, que para prepararse nuestro Salvador á la importantísima obra de nuestra redencion, acompañado de tres discipulos se retiró á orar en el huerto de Getsemani: queriendo, que así como en un jardín comenzó nuestra miseria, en otro tuviera principio nuestro remedio.

Ponderar, que como Jesucristo vino á padecer por tí, y á satisfacer por tus placeres y locas alegrías, soltó en esa oracion la rienda á todas las pasiones tristes, y suspendiendo milagrosamente el gozo que su misma divinidad debía comunicar á su alma, vino inmediatamente sobre él un aris-teza suma, que turbó su espíritu; un temor que lo hizo entrar en convulsiones; y primió tal congoja su corazon, que un idor de sangre se abrió impetuosamente aminor por todos los poros de su cuerpo manchó sus vestidos, regó la tierra, cay ren-

dido sobre ella, y en aquella agonía habria ciertamente espirado, si él mismo, con un esfuerzo de su divino poder, no hubiera conservado la vida, para sufrir mas por tí, y perderla despues con una muerte mas cruel y mas afrentosa.

Por fruto de esta meditacion, acércate alma mia, y mira atentamente el lastimoso estado en que se halla tu Redentor. Pide consuelo á sus discipulos; y sus discipulos se duermen. Llégate tú, repito, y dile: Señor, ya que no puedo hacer otra cosa, permíteme al menos acompañarte y llorar contigo.

PUNTO 2.

Considera, que causaba esa tristeza mortal, no solamente la imaginacion y presencia de la pasion y dolores terribles que le esperaban, sino la enormidad y multitud de tantos, tantos pecados que cargaban sobre su Corazon, como que era el fiador de todo el género humano. Era tambien motivo, el ver tan ofendido el honor de su divino Padre: y era, por último, la

condenacion de muchos desgraciados, que no habian de aprovecharse de un remedio tan poderoso.

Ponderar lo primero, que nadie como ese Hijo conoce la santidad de ese Padre; y debiendo ser lo que se padece, á medida de lo que se conoce, se sigue que, el dolor y angustia de Jesucristo sea inmensa, incomprendible, infinita. Ponderar lo segundo, el amor y caridad de este hombre Dios, que estando en el huerto como un reo, condenado por su mismo Padre á los tormentos y á la muerte; porque estaba revestido de nuestras iniquidades; se conformó gustoso con la sentencia, viendo que así compraba nuestra libertad.

Saca de aquí, el aprovecharte de esa passion de tu Salvador, cooperando con la enmienda de tu vida: y no seas del número de esos desgraciados enfermos, que teniendo de su mano Médico tan poderoso, no han querido ni sabido usar del bálsamo efficacísimo que les presenta.

MEDITACION LXXXII.

TRAICION DE JUDAS, Y PRISION DE
JESUCRISTO.

PUNTO 1.

Considerar, que muy bien sabia Jesucristo estar vendido por su ingrato discípulo Judas; pero, como solo deseaba padecer, lejos de ocultarse, resignado se levanta del lugar de su oracion, y él mismo se presenta al traidor y á los demás soldados que se acercaban á prenderle.

Ponderar, el alto grado á que llegó la perfidia de ese desgraciado Apóstol, que dejándose arrastrar de su avaricia, no se contentó con vender á su divino Maestro, sino que, como enemigo el mas implacable, él mismo los industria, y, como asegurando el golpe, yo iré delante de vosotros, les dice, y al que yo saludaré y besaré, ese es el reo; tenedlo y atadlo fuertemente, para que no se escape. ¡O nécio traidor, no tomes tanto empeño; pues te consta, que tu Redentor no desea otra cosa que morir, y no tendrá

sosiego, hasta que vea derramar su sangre, y pagar con ella cuanto se debe por nuestras culpas!

Infiere de aquí, los formidables efectos que causa una pasión, cuando no se refrena. La avaricia que asomó en el corazón de Judas, por no contenerse, tomó tal incremento, que de un Apóstol hizo un apóstata; y de un Discípulo amado, un deicida sacrílego, cuyo escándalo será eterno.

PUNTO 2.

Considerar, que aceptada la señal que dio Judas, acomete aquella atrevida tropa al Hijo de Dios: y no obstante que con una sola palabra los derriba en tierra, probando de esta manera, que padece porque quiere; les da licencia á los soldados de que se levanten, y ejecuten cuanto les dicte su rabia y su furor.

Ponderar, que esta es la hora del poder de las tinieblas: hora triste en que se verifica, por unos medios los más inicuos, la obra mas santa, decretada en los consejos de Dios. El infierno se desenfrena, y estimulando el

ánimo de los judíos, caen éstos como lobos hambrientos sobre aquel manso Cordero. Linternas, palos, lanzas, espadas, de todo se usa como contra un ladrón el mas facineroso. Con fuertes cordeles atan aquellas manos bienhechoras, que no hicieron mas que derramar beneficios por todas partes; y asegurándolo así, lo sacan á coces y repetidos golpes, para presentarlo al concilio. ¡Angeles de paz, llorad amargamente al ver el estado en que camina vuestro Dios!

Saca de aquí el acompañar á Jesucristo, ya que sus discípulos huyen y lo abandonan. Sigue sus pasos; pero contemplando en ellos cuanto le cuesta tu salud y tu remedio; y no correspondas con negligencia, el interés que él toma por redimirte.